

Encontrarse

Anscario Suriano



Capítulo 1

Dejando las cifras de lado, me levanté y camine hasta el borde colorido de la puerta. Afuera yacía un día frío de invierno que, sin embargo, traía un sol seco que picaba en la piel. A una distancia media sonaban los pocos vehículos que pasaban por la calle, algunos estacionándose en la calle angosta. Desde el callejón apenas escuchaba nada. Solo esos murmullos sin forma que remiten siempre a la melancolía de un viaje que está a punto de terminar. Es tan pequeña la ciudad.

Volteé hacia la mesa y allí, sobre los papeles, caminaba una mosca regordeta que era sorprendentemente silenciosa en sus pequeños vuelos. La mire salir y entrar en la luz, que hacía a su cuerpo mostrar todos los pelos que le cubrían. Su cuerpo era de un color metálico oscuro, deformado infinitamente por las imperfecciones que lo cubrían y, sin embargo, reflejaba la luz con una potencia un tanto sorprendente por inesperada.

Me quedé así observándola, absorbido por su magnífica presencia, tan quieta y apasionada al mismo tiempo. Sus pasos cortos en el papel eran tan impredecibles como los giros que realizaba en sus vuelos. Y el batir de sus alas, tan quietas para su enorme tamaño, le daba a todo el conjunto de cosas que significaba la mosca un toque de irrealidad. Era como ver algo por primera vez, un cuerpo visto sin tener uno propio ¿Qué de sorprendente tenía el vuelo? Nada. Más sorprendente era que la mosca se pudiera mover en primer lugar. Y esa forma de moverse, tan en alerta, como desquiciada ante el terror, ante la posibilidad de que un papelazo la aplastase, o de que un gato escondido en las sombras le apresase de un zarpazo. Y, a la vez, tan leve en cada decisión, tan natural en el error que era para ella cada paso.

Sentía el sol astillarse en mi nuca mientras observaba a la mosca ir y venir. Sentía el ruido aún lejano de los vehículos sin nombre ni color ni forma, cada uno a su velocidad, obedeciendo maravillosamente las ordenes de los cuerpos que los conducían ¿Qué es conducir un vehículo? No lo sé, yo no manejo. Pero sospecho que ha de ser un hecho magnífico. Saber que algo se extiende desde un acto naturalizado hasta retorcer e incendiar un manojito pesadísimo de metales que terminan por mover algo, y con eso a alguien.

El gato camina sobre mi cabeza, en el piso de arriba. Sospecho con tristeza que el gato sabe de la mosca y que con su andar soberbio oculta la inmensa impaciencia que espera conseguir al cazar a la mosca. Y no será en un intento que la atrape, y él sabe eso. Espera impaciente, en esa contradicción, la extensión natural del suplicio para conseguir, luego, concretar el deseo: la pasión ¿Es esto natural? Solo conjeturo. A los únicos animales a los que me he acercado lo suficiente como para

entenderlos son a los domésticos. A ellos y a los insectos.

La mosca se ha detenido y aguarda sobre el papel frotando sus patas contra sus ojos. El acto me recuerda a una rata que intenta limpiarse. Recuerdo un video que mostraba como las ratas cazadas en algunos lugares tienen parásitos. Un insecto que se alimenta de su carne hasta que finalmente eclosiona a través de la piel. A veces el animal sobrevive y a veces no. Me hace pensar en mi madre, de la cual me alimente y casi murió. Pero volviendo al ratón, es tan bella la forma en que recorre su cabeza con sus patas hasta que logra sentirse nuevamente él. Me pregunto un poco por qué no podrán quitarse esos parásitos. Si son tan limpios, deben saber que algo está allí ¿Les causará esto algún estrés? Los ratones también son domésticos en gran medida, aunque la mayoría se oculte y nazca y muera fuera de nuestra vista. Esto último me hace suponer que el ratón es atacado por el insecto. Dame un momento, buscaré en internet el nombre del bicho ese.

Se llaman reznos, estros o éstridos. Se crían bajo la piel inducidos por el calor, aunque creo que también en el interior, en los órganos de algunos animales que se los comen. A veces están hasta nueve meses dentro ¿Dentro de los órganos o de la piel del huésped? Quizá ambos, quizás ninguno. Aun así, al terminar el proceso las pupas caen y terminan su desarrollo en el suelo. Este bicho es carnívoro. Cuesta imaginar el beneficio que le supone alimentarse de la carne. Y se alimenta de manera tan bella, con mordiscos silenciosos, como el aletear de la mosca silenciosa que ha desaparecido. Las larvas son soportadas por quienes las reciben, esos seres destinados a ofrecer su carne por el nacimiento de algo tan complejo, de algo que realiza casi todo su ciclo vital bajo la piel.

El sol aún me astilla la espalda, pero no me quiero mover. Puedo sentir una inquietud que me llama, valga la contradicción, a quedarme quieto en el borde de la puerta, de espaldas al callejón, escuchando los vehículos cada vez más numerosos que pasan. Los papeles en la mesa son cuentas, datos fríos que esperan ser resueltos en sumas simples para luego deducir algo que he olvidado; quizás el tanto que he de gastar este mes, quizás el día de mi muerte, o el secreto que guardó mi madre cuando nací y que nunca me dijo ni me dirá.

Aguzo el oído, el zumbir de las alas de la mosca regordeta está en la casa, difuminada por ecos tan lejanos como la más lejana lejanía. Escucho el abatir de las alas o lo imagino, se confunde con los coches que avanzan por la calle angosta. Algunos estacionados, tan silenciosos, portan cuerpos enormes. Esas máquinas tan grandes, capaces de obstruir el tránsito de los viajeros, están, sin embargo, como muertos. Y su silencio es más terrible que su rugido. La mosca se oculta tras esos ecos distantes. Sabe que si el gato la oye comenzará el juego por el cual se definirá su muerte ¿Cuánto tiempo vive una mosca? Lo revisaré en internet... Más o menos un mes ¿Le importa a la mosca ser cazada entonces? Sí. Pero eso es una

conjetura. Conjetura que defiendo sin embargo, debido a que me gusta pensar en los porqués del movimiento de la mosca. Si la muerte no fuera importante para la mosca, simplemente se dedicaría a la luz. Se mostraría descarada esperando a ser alimento. El hecho de que se oculte implica un terror de ser vista, reconocida, esperada.

El gato entró en la habitación. El sol ya se ha ocultado y quizás por ello el gato ha bajado. Cuando el calor termina el despierta de su letargo y comienza a deambular en su reino. Dueño de todo lo que nos es inalcanzable a menos que tengamos una escalera. La mía está rota. Partida en dos por la mitad. Y los maderos los quemamos para celebrar que ya no la necesitaríamos. Aunque su ruptura fue un accidente, tenemos fe en que todo error oculta algo de sentido. Quizás por su urgencia, el error es lo más cercano que se está a la verdad. Errar es humano, y nada más lo es.

El gato se pasea con pasos leves, tan leves como el aleteo de la mosca ausente. Parece una competencia por guardar silencio. Desde mi ángulo en la cocina puedo observar parcialmente otras tres habitaciones. El gato las investiga con parsimonia, deja su cola aparecer y desaparecer. Camina por detrás de cada mueble sin levantar ni llevarse polvo, excepto en sus patas. Tanto es el polvo que sus huellas se borran casi de inmediato ¿Cuánto es "inmediato" para la mosca? Quizás ella sepa ver las huellas con más calma. La paciencia secreta de sus movimientos violentos: todo es cuestión de perspectiva, y la velocidad es una perspectiva. La mosca ha de estar en la habitación a mi derecha, que es la sala de invitados. Digo esto porque el gato ha hecho un movimiento brusco, ha hecho ruido. Escucho atentamente, aguzo la vista para saber si el gato reacciona. Nada.

Ya es entrada la noche y debería prender las luces. El frío del invierno comienza a colarse en la casa y yo estoy aún en el borde de la puerta ¿Cuánto vive una mosca en invierno? El gato se ha callado de nuevo y hace rondas, volteando de vez en cuando a mirarme. Si me muevo, comenzará a maullar, caminando a su vez con movimientos coquetos: quiere comida. Pero aún no la quiere, o cree que no debe molestarme, o quizás incluso sospecha que si me viniera a maullar ahora yo no reaccionaría. Economista nato de sus esfuerzos, vaga libre en la casa que he cerrado hasta el último rincón para que no repita sus huidas. Soy el que tiene todas las llaves, el que cierra todas las puertas.

La mosca reaparece tan fugazmente que me causa un ligero temblor. La vi volar por sobre los papeles, en la penumbra. El gato debe verla mejor que yo. Sus ojos hechos para la luz más no para los colores, son en extremo eficientes para ver cualquier movimiento en la mínima luz. Por todo esto me sorprende cuando el gato entra en la habitación y no reacciona al movimiento. Estoy seguro que la mosca aún vuela en círculos deformes por sobre los papeles, puedo escuchar el aleteo, el zumbido. Pero el gato

yace ahí acostado en el suelo, mirándome fijamente. Quizás ya le dio hambre.

Los papeles sobre la mesa muestran mis trazos, reconozco mi letra, mi forma veloz y torpe de escribir el dos, el cuatro y el siete. Sé que los papeles son míos, pero en la penumbra de la noche, con la luna brillando en un cielo sin nubes, apenas si puedo diferenciar ninguno de los signos que yo mismo he escrito. Está eso y la distancia, la distancia a la que estoy de la mesa me hace imposible saber lo que escribí. Y la mosca debe ver lo mismo que yo desde su vuelo, y al gato no le importa un pepino lo que el papel tenga encima. El gato se acerca y arquea su cuerpo, se frota contra mi pierna una y otra vez. Deja caer su cuerpo delgado entre mis pies y se retuerce como un gusano. Comienza con un ligero ronroneo, pero su maullido no tarda en surgir: ahora está todo el espectáculo. No puedo escuchar a la mosca sobre la mesa, pero la veo parada, frotándose las patas, "planeando mi perdición" me digo, y sonrío. La veo dar pequeños pasos cortos y cambiar de dirección varias veces. Camina hasta el borde pero no abandona el papel, como si temiera dejar la superficie blanca. El gato maúlla con insistencia pero le ignoro. La mosca me tiene nuevamente absorbido porque la luna ahora arroja su luz sobre la mesa. Nuevamente los reflejos metálicos me hipnotizan, como un fuego a una polilla. Pero no me acerco, no muevo un músculo a pesar de que mi cuerpo esta entumecido de frío, casi ni respiro a pesar de que ni siquiera cambié de postura desde esta mañana. Miro fijamente a la mosca, a pesar de que es luna nueva y su luz es mucho más tenue de lo que desearía. La mosca va y viene, con pasos sucios, infectos. Imagino la cantidad de bacterias que podrían matarme que ahora yacen en el papel, invisibles ¿Cuánto vive una bacteria? Mi celular se ha quedado sin batería, no puedo buscarlo en internet. La curiosidad me mata, quiero subir al piso de arriba, buscar mi cuarto donde está mi cama y mi computadora llena de virus, y teclear hasta saber cuánto vive una bacteria. Cuánto tiempo es peligroso acercarse a las páginas y rozarlas con mis dedos y luego chuparlos hasta que las barreras que separan a esos seres invisibles y a mí sean superadas. Cuánto tiempo más han de vivir allí, esperando que yo les conceda la posibilidad de destruirme.

El gato sigue maullando, cada vez más fuerte, la mosca camina por el papel una y otra vez sin dejar huellas. Yo me congelo la espalda y miro hacia la mesa sin saber que pasa afuera. Ella fuera no existe o, debido al silencio de muerte, diría que no hay diferencia entre afuera y el adentro de la casa que me cuida. Yo sigo al borde de la puerta, escuchando nada porque los vehículos y sus ocupantes ya han dejado hace tiempo de hacer ruido, duermen. El único ruido que se oye es el llanto del gato que cada vez aumenta más y más de volumen.

Mi espalda está herida por el frío, siento mis huesos pedir auxilio por la pérdida de calor tan intensa que los aqueja. El dolor es un llamado del cuerpo, pero, al igual que el llanto del gato, es un dolor que se exagera

desproporcionadamente. Aún un dolor que anule mis pensamientos sería una exageración, aún un dolor que me mate. Yo veo al gato y me convenzo que el hambre del gato es como el frío de mis huesos: una exageración a la que me niego a ceder ¿De dónde viene la palabra capricho? De los saltos erráticos de las cabras, es una palabra de origen italiano. El dolor es un capricho. Eso lo sé por el internet, porque era mi tarea.

El gato no se cansa de llorar, de gritar. Su llanto ahora parece el de una gata en celo ¿Es macho o hembra? De niño nunca supe diferenciar, y en algunos gatos, cómo en éste, aún no lo sé. Sus ciclos de fertilidad no concuerdan con los de una gata hembra normal, y alguna vez lo vi pelear con otros gatos cerca de una gata en celo. Fue en su primera huida ¿Tendrá descendencia este gato? ¿Será una gata que ahora tiene un hambre distinta? Quién pudiera imaginar el celo en un animal, cuya única solución ha sido el grito. El gato no es un animal grande, sus presas no son las mejores ¿Qué fuerza puede dictar a un animal sano en la naturaleza a gritar sin temor a la muerte? Grito en la noche callada, pero no vacía ni quieta. Otro gran misterio es el de los animales que han preferido la oscuridad a la luz, para habitar el mundo.

La mosca refleja la luz tenue, la amplifica. Su cuerpo danzante es claro en contraste con el papel. Es ahora la luz acallada de la luna la que se quiebra en mis ojos. Y es la danza todo el movimiento que hace que su brillo se convierta en imágenes. La danza leve y mínima de la mosca hace surgir ciertas figuras en mi mente. Todas son figuras desordenadas y deformes. La mosca no para de danzar. Se mueve como a pequeños saltos, por capricho.

El gato ya no maúlla, grita. Sigue frotando su cuerpo y tiembla al contacto con mi pierna. En sus frotos puedo sentir todo su cuerpo tembloroso. Me asquea la libido que muestra, el hambre que le arroja a pegarse a la puerta y a mí, que sigo allí, de espaldas sin moverme. Siento sus garras y sus dientes, en ataques que arroja contra mi pantorrilla. Siento su espalda contra mi empeine. Y me sorprendo al sentir en uno de sus muslos una protuberancia. En la cultura aymara hay una palabra que sirve para designar un grupo enredado de cabellos: kolti. El kolti aparece en fiestas en las que a un niño se le realiza su primer corte de pelo, en el cual los asistentes a la fiesta pagan una cantidad dictada por el cariño por cada kolti que se le corte al festejado. Una celebración que pone en énfasis la importancia del cabello en estas culturas; en un relato cuentan como los cortes de pelo hicieron llorar a los jefes de algunas comunidades durante la colonización. También existe un relato sobre un mataco que es testigo de una felonía similar. En la América Latina, el pelo significa algo, pero no me importa ¿Qué significa el pelo para un gato hambriento y en celo? Esta palabra, kolti, ha mudado a la ciudad de manera despectiva: significa nudo de pelo, de los que surgen en un animal o una persona si se le descuida demasiado ¿Que significa el pelo en una mujer? Debería revisar

al gato luego y cortarle ese kolti en su muslo. Los gatos son muy limpios, pero aun así se les pasan algunos lugares a veces. Dicen que puede ser por estrés.

El gato grita sin cesar. La mosca ha desaparecido de nuevo y yo no puedo ver, porque la luna se ha ocultado tras edificios, o mejor, los edificios me han ocultado la luna. El gato en el umbral se cansa de rogar su salida y sube al piso de arriba. Y su llanto allí hace eco en la casa quieta y fría. Al salir el sol su llanto se contendrá. Está allí quizás la clave: solo en lo invisible se atreve uno a gritar. Saberse oculto permite el ruido, y una de sus magnitudes, el volumen, es compartido tanto por sonido como por tamaño. El tamaño es una cuestión de perspectiva ¿Existe perspectiva para el sonido? ¿Qué gritos no oímos? Y el gato conoce qué luces no vemos. En fin, el dolor es lo único que ahora me habla a mí, pues el griterío del gato está dirigido a quien lo oiga, pero no a mí. El aleteo de la mosca me ha abandonado, ya nada puedo discernir en la noche oscura.

Los postes de luz arrojan sombras deformes y confusas. Un solo objeto en una calle tiene hasta diez sombras, y ninguna es la verdadera. Ante los millones y millones de estrellas, me pregunto cuál será la sombra de un gato o de una mosca en una noche sin nubes como hoy; quizás los postes no sean tan relevantes. La sombra es un temblor. Y yo también tiemblo de frío de manera incontrolable ¿Cuál es mi sombra? Y las bacterias, si pudieran verse, ¿tendrán sombra?

Horas escucho el llanto del gato que parece el llanto de un niño en el piso de arriba, y los ecos de la casa lo multiplican hasta el desquicio. La mosca inexistente vive repetida en ecos inaudibles por toda la casa, oculta tras ese llanto infantil.

Escucho un vidrio romperse. Alguien de afuera ha arrojado una piedra a la casa. y escucho el llanto del gato alejarse. No escuche a nadie acercarse a la casa ¿Era una persona? Pero el gato ahora ya está en la calle, gritando con fuerzas renovadas por su libertad.

De repente siento en mi cuello unas patas diminutas que se mueven con velocidad. La mosca se ha acercado sin hacer ruido. Siento un piquete y luego se va. Lo siento porque estaba concentrado en mi piel, atento a todo lo que sucedía en mi espalda superior, porque de otro modo ese piquete no podría sentirse. El cuello termina donde la espalda comienza ¿Cuál es el límite de cada uno? ¿He sido picado en el cuello y en la espalda?

Debería salir a buscar al gato y traerlo a la casa y cerrar la ventana y cortarle el kolti. Debería ir a buscar un médico porque el piquete era venenoso y la mosca no era mosca, y ahora siento que el veneno me devora desde la piel hasta la sangre. Mis huesos, tan fríos, no sienten nada ahora. Y el propio frío del invierno hace de anestésico. Debería cazar

a la mosca y buscar venganza, debería estar atento a su vuelo y atraparla como el gato, de un golpe. Debería retirarme de la puerta, debería dormir mientras aún es de noche.

Comienza a amanecer. Un primer vehículo calienta su motor. Después de un tiempo arranca. Le sigue otro, y otro más. Unos pasos rápidos hacen pensar en una persona con paso apresurado. La luz ha llegado pero el sol aún no sale, sólo su brillo es visible ¿Alguien ha visto alguna vez el sol? No con ojos desnudos, esto significa que nadie ha visto el sol con sus ojos. La persona iba en dirección opuesta al centro, iba a ocultarse. El gato regresa a la casa. Está callado ¿ha comido? ¿Se ha apareado? Es insoportable pensar en ello: la palabra "orgasmo" no es aplicable a los animales porque los animales no pueden hablar, tampoco "éxtasis". El frío es la ausencia de calor; quisiera darle un golpe en la quijada al genio que se le ocurrió nombrar una falta, un lugar vacío. Lo oscuro de la noche, cómo decir el no-poder-ver. La sensación de ceguera que sin embargo mantiene la certeza de no estar ciego, la espera de la luz para volver a ver. El gato está callado, ya sea por saciar su hambre o su celo, sin hablar entiende mejor lo que yo siento en mi espalda. El frío me ha atravesado, el dolor es inmenso pero yo sé que es una exageración. Trato de mover la espalda pero estoy tieso. El gato busca el lugar más alto al que pueda subir y allí se echa, esperando el sol que pronto llegará. La mosca yace estática en el papel, ya no camina, ahora sólo se frota ambas patas sin cesar, como tramando mi perdición. Paciente, espera también el sol. Descarada y caprichosa, no se oculta.

El gato baja, no me mira. Se congela de golpe al ver a la mosca. Da un latigazo con su cola. Se agazapa y comienza a andar con pasos cortos y erráticos, como con espasmos. Esperando a estar a la distancia mínima que le asegure una chance de atrapar a la mosca. Se le ve en la mirada que sigue hambrienta. El juego ahora es también cuestión de vida o muerte para el gato: un bocado, sólo uno hará la diferencia. Yo quiero moverme, quiero levantarme antes de que el sol me alcance nuevamente en la espalda, quiero subir al piso de arriba donde quizás haya un niño, o quizás sea un eco atrapado de los gritos nocturnos del gato, que aún llora. Eso debe ser. Si tan sólo pudiera levantarme del marco de la puerta. Con un esfuerzo inmenso levanto un dedo e intento apoyarlo contra la pared ¿Cómo describir la sensación? la pared estaba allí, pero no mi dedo. Me busqué en mi lugar, en mi cuerpo, pero no estaba allí. Me busqué con desesperación, traté de sentir mi cuerpo entumecido por el frío. Pero sólo lo sentía, no podía tener certeza de nada más ¿Era yo quien miraba al gato acercarse a la mosca? ¿Era yo quien reconocía a la larva creciendo en su muslo? ¿Era yo quien sentía en mi cuello algo retorcerse y masticar? La mosca yacía quieta sobre el papel restregándose las patas. Cuando el gato saltó la mosca no se inmutó, no intentó volar y moverse. Se quedó allí, paciente, como un vencedor, como un campeón. Mi vista estancada vio a la mosca ser devorada, atrapada directamente en la lengua áspera del gato que tanto gritó la noche anterior y que ahora callaba. Y mientras yo

seguía buscándome sin poder verme, búsqueda por el tacto, con la certeza extraña de que el sol no aparecería hasta que yo no me encontrara de nuevo, hasta que no aparezca.